

PABLO NERUDA. CIEN AÑOS.

El centenario del nacimiento de Pablo Neruda (1904-1973), ha significado una especial llamada de atención sobre el poeta chileno cuya obra, por su extraordinario valor intrínseco y su asombrosa extensión, constituye uno de los monumentos literarios más importantes de la poesía en lengua española de todos los tiempos.

La actual Facultad de Filología de la Universidad Complutense tiene el privilegio de haber sido el lugar donde Neruda fue presentado oficialmente al mundo académico español por su buen amigo Federico García Lorca, con motivo del recital de poemas ofrecido por el chileno. Aquel 6 de diciembre de 1934 la Facultad, luego destruida por la Guerra civil, era idéntica a la de hoy. No es difícil imaginar, con emoción, la voz de los dos poetas en su Paraninfo. Las definitorias palabras de Lorca se han recordado muchas veces:

"Os digo que os dispongáis a oír a [...] un poeta más cerca de la muerte que de la filosofía, más cerca del dolor que de la inteligencia, más cerca de la sangre que de la tinta..."

Todavía el chileno no se había instalado definitivamente en Madrid, lo que sucedería en febrero de 1935, como cónsul de su país, cargo que desempeñaba hasta entonces en Barcelona, pero ya conocía bien la capital, y sus relaciones con la brillante generación de poetas del 27 era muy sólidas, empezando por García Lorca, con quien había compartido gratos momentos en Buenos Aires, y Rafael Alberti, con el que había tenido una para ambos estimulante relación epistolar cuando Neruda se encontraba de cónsul honorario en el lejano Oriente.

La estancia, que se extendió a casi cinco años (1927-1932) en Birmania, Ceilán, Java, Singapur y otros lugares de aquel territorio, fue resultado de su vehemente deseo de entrar, prácticamente al azar, en los caminos del mundo. Atrás quedaba el país donde había nacido: las tierras de "la frontera", los lluviosos territorios -Parral y Temuco- de su niñez y adolescencia, el Santiago de su juventud donde estudió en el Instituto Pedagógico con el propósito, incumplido, de llegar a ser profesor de francés, compartió inquietudes literarias en torno a revistas como *Claridad* y donde fueron apareciendo sus primeros libros: *Crepusculario* (1923), *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* (1924), *Tentativa del hombre infinito*, *El habitante y su esperanza*, *Anillos*, con Tomás Lago (1926), y algunos poemas que formarían luego parte de *Residencia en la tierra*. Neftalí Ricardo Reyes Basoalto, que había adoptado desde 1920 el seudónimo de Pablo Neruda, había alcanzado merced a ellos un notable reconocimiento como poeta.

De regreso a Chile publica la segunda edición de los *Veinte poemas* (1932), *El hondero entusiasta* (1933), y la primera de sus tres *Residencias* (1933). Viene luego el asentamiento como cónsul en Buenos Aires, durante apenas un año, intelectualmente muy fructífero, y, al fin, en esa España que antes había cruzado fugazmente camino de Francia y del Oriente, y que ya no desaparecerá nunca de sus sentimientos y de su poesía.

La España que le recibe en 1934 es el país cargado de graves dificultades pero también de esperanzas y de intensa vida cultural de la Segunda República. Sólo Juan Ramón Jiménez mantiene sus reservas ante este poeta que contraviene su defensa a ultranza de la poesía pura, a la que el chileno se opone con el personal surrealismo de su propia obra y con un célebre manifiesto, si bien más tarde el gran andaluz rectificará con nobleza. Aparece de nuevo la primera *Residencia* junto a la que exige la denominación de *Segunda* (1935). Luego la tragedia de la guerra, convierte a Neruda en un poeta que renunciará al ensimismamiento, a lo que él mismo llama "la metafísica cubierta de amapolas", ante la exigencia de una realidad que le llevará a gritar: "Venid a ver la sangre por las calles". Resultado de esta sensibilización es el libro *España en el corazón* (1937), dolorido y vibrante, publicado en Chile y enseguida en un frente de batalla español, para integrarse en 1947 en la *Tercera Residencia*. Su firme defensa de la causa republicana, intensificada, si cabe, por el asesinato de García Lorca y, acabada la contienda, por la muerte en prisión de su entrañable Miguel Hernández, convierte a Neruda en paladín de la España derrotada que él se vio obligado a abandonar. Su intensa actividad en ese sentido puede

simbolizarse en el ímprobo esfuerzo con el que consiguió fletar un barco, el famoso *Winnipeg*, a fin de trasladar desde Francia a Chile a un considerable número de exiliados españoles.

Imposible sintetizar razonablemente las peripecias del resto de la vida de Pablo Neruda. Después de una estancia en México, nuevamente como cónsul, regresará a Chile donde su actividad política le enfrentará con el poder oficial hasta el punto de tener que abandonar el país cruzando los Andes en una formidable aventura. Entre tanto ha ido elaborando su libro más extenso, el impresionante *Canto General* (1950), donde parece concentrarse en buena parte la idea de Mallarmé de que el mundo está hecho para desembocar en un gran libro. Se trata del mundo americano, desde las utopías de los indígenas precolombinos ("Antes de la peluca y la casaca"), pasando por las grandes etapas históricas, con execraciones, elogios, víctimas y héroes, sin omitir el amor por lo telúrico, hasta los días en que el poeta afirma su fe en la poesía ("Que amen como yo amé mi Manrique, mi Góngora,/ mi Garcilaso, mi Quevedo"), imprescindible para la utopía del futuro.

A partir de aquí no cabe sino dar apenas los nombres de algunos de los posteriores libros esenciales de Neruda: *Los versos del capitán* (1952), *Las uvas y el viento* (1954), *Odas elementales* y sus continuaciones (1954, 1956, 1957), *Estravagario* (1958), *Cien sonetos de amor* (1959), *Canción de gesta* (1960), *Memorial de Isla Negra* (1964), *La barcarola* (1967), *Fin de mundo* (1969), *La espada encendida* (1970), *Geografía infructuosa* (1972)... El amor, para siempre recuperado con su tercera y definitiva compañera, Matilde Urrutia; la política, asumida con fe y luego con cierto escepticismo: el inventario gozoso de las cosas sencillas, cargadas de prodigios; la implacable revisión autobiográfica, la inevitable melancolía. Todo eso y más yace o subyace en estos libros y en los ocho títulos de obras poéticas póstumas.

Anotaremos para concluir la significación de lo último publicado en vida: *Introducción al nixonicidio y alabanza de la revolución chilena* (1973), donde el poeta ha sacrificado su enorme capacidad para el manejo de las palabras, su fabuloso cofre de joyas verbales, el oro incomparable que "A pesar de la ira", dejaron los conquistadores. Todo para denunciar el furioso ataque imperialista a la revolución democrática de su país. Cada uno de los deliberados rípios, arritmias y arrebatos panfletarios de estos versos, piezas de una "canción ofensiva y dura como piedra araucana" subrayan en la hora final la grandeza poética de "el poeta de todas las cosas", nombre que el propio Neruda, con toda justicia quiso darse, y para quien la Exposición Bibliográfica que ha motivado estas líneas constituye un homenaje de la misma Casa de Estudios que él honró ayer con su presencia y sus decires.

Luis Sáinz de Medrano.
Universidad Complutense de Madrid.